

Vicente Blasco Ibáñez

La barraca

VII

Triste y ceñudo, como si fuese a un entierro, emprendió Batiste el camino de Valencia un jueves por la mañana. Era día de mercado de animales en el cauce del río, y llevaba en la faja, como una gruesa protuberancia, el saquito de arpillerá con lo que le restaba de sus ahorros.

Llovían desgracias en la barraca. Sólo faltaba que cayera sobre ellos la techumbre, aplastándolos a todos... ¡Qué gente! ¡Dónde se había metido!

El chiquitín cada vez peor, temblando de fiebre en los brazos de su madre, que lloraba a todas horas, visitado dos veces al día por el médico; en fin, una enfermedad que iba a costarle doce o quince duros: como quien dice nada.

El mayor, Batistet, apenas si podía salir más allá de sus campos. Aún tenía la cabeza envuelta en vendas y la cara cruzada de chirlos, después del descomunal combate que una mañana sostuvo en el camino con otros de su edad que iban con él a recoger estiércol en Valencia. Todos los *fematers*¹¹⁸ del contorno se habían unido contra Batistet, y el pobre muchacho no podía asomarse al camino.

Los dos pequeños ya no iban a la escuela, por miedo a las peleas que habían de sostener al regreso.

Y Roseta, ¡pobre muchacha! ésta era la que se mostraba más triste.

El padre ponía el gesto fosco en su casa, la dirigía severas miradas para recordarle que debía mostrarse indiferente y

¹¹⁸ Recogedor de estiércol. El «femater» protagoniza un intenso cuento de Blasco.

que sus penas eran un atentado a la autoridad paternal. Pero a solas, el buen Batiste lamentaba la tristeza de la pobre muchacha. Él también había sido joven y sabía cuán pesadas resultan las penas del querer.

Todo se había descubierto. Después de la famosa riña en la fuente de la Reina, la huerta entera estuvo varios días hablando de los amores de Roseta con el nieto del *tío Tomba*.

El panzudo carnicero de Alboraya bufaba de coraje contra su criado. ¡Ah, grandísimo pillo! Ahora sabía por qué olvidaba sus deberes, por qué pasaba las tardes vagando por la huerta como un gitano. El señor se permitía tener novia, como si fuese un hombre capaz de mantenerla. ¡Y qué novia, Santo Dios! No había más que oír a los parroquianos cuando parlotaban ante su mesa. Todos decían lo mismo: se extrañaban de que un hombre como él, religioso, honrado y sin otro defecto que robar algo en el peso, permitiera que su criado acompañase a la hija del enemigo de la huerta, de un hombre malo, del cual se decía que había estado en presidio.

Y como todo esto, en concepto del ventrudo patrón, era una deshonra para su establecimiento, a cada murmuración de las comadres se ponía furioso, amenazando con su cuchillo al tímido criado, o increpaba al *tío Tomba* para que corrigiera al pillete de su nieto.

Total: que el carnicero despidió al muchacho, y su abuelo le buscó colocación en Valencia en casa de otro cortante, rogando que no le concediesen libertad ni aun en los días de fiesta, para que no volviera a esperar en el camino a la hija de Batiste.

Tonet partió sumiso, con los ojos húmedos, como uno de los borregos que tantas veces había llevado a rastras ante el cuchillo del amo. No volvería más. En la barraca quedaba la pobre muchacha ocultándose en su *estudi* para gemir, haciendo esfuerzos por no demostrar su dolor ante la madre, que, irritada por tantas contrariedades, se mostraba intratable, y ante el padre, que hablaba de hacerla pedazos si volvía a tener novio y a dar que hablar a los enemigos del contorno.

Al pobre Batiste, tan severo y amenazador, lo que más le dolía de todas sus desgracias era el desconsuelo de la muchacha, falta de apetito, amarillenta, ojerosa, haciendo esfuerzos

por aparecer indiferente, sin dormir apenas, lo que no impedía que todos los días marchase puntualmente a la fábrica, con una vaguedad en la mirada reveladora de que su pensamiento rodaba lejos, de que estaba soñando por dentro a todas horas.

¿Eran posibles más desgracias? Pues aún quedaban otras. En aquella barraca ni las bestias se libraban de la atmósfera envenenada de odio que parecía flotar sobre ella. Al que no lo atropellaban le hacían sin duda mal de ojo, y por esto su pobre *Morrut*, el caballo viejo, que era como de la familia, que había arrastrado por los caminos el pobre ajuar y los chicos en las peregrinaciones de la miseria, se había debilitado poco a poco en el establo nuevo, el mejor alojamiento de su larga vida de trabajo.

Se portó como persona honrada en la época peor, cuando recién establecida la familia en la barraca había que arar la tierra maldita, petrificada por diez años de abandono; cuando había que hacer continuos viajes a Valencia en busca del cascote de los derribos y las maderas viejas; cuando el pasto no era mucho y el trabajo abrumador. Y ahora que frente al ventanuco de la cuadra se extendía un gran campo de hierba fresca, erguida y ondeante, toda para él; ahora que tenía la mesa puesta, con aquel verde y jugoso mantel que olía a gloria; ahora que engordaba, que se redondeaban sus ancas puntiagudas y su dorso nudoso, había muerto sin saber de qué; tal vez en uso de su perfecto derecho al descanso, después de sacar a flote la familia.

Se acostó un día sobre la paja, negándose a salir, mirando a Batiste con ojos vidriosos y amarillentos que hacían expirar en los labios del amo los votos y amenazas de la indignación. Parecía una persona el pobre *Morrut*; Batiste, recordando su mirada, sentía deseos de llorar. La barraca púsose en conmoción, y esta desgracia hasta hizo que la familia olvidase momentáneamente al pobre Pascualet, que temblaba de fiebre en la cama.

La mujer de Batiste lloraba. Aquel animal, alargando su manso hocico, había visto venir al mundo a casi todos sus hijos; aún recordaba ella, como si fuera ayer, cuando lo compraron en el mercado de Sagunto, pequeño, sucio, lleno de

costras y asquerosidades, como un jaco de desecho. Era alguien de la familia que se iba. Y cuando unos tíos repugnantes llegaron en un carro para llevarse el cadáver del veterano del trabajo a la «caldera», donde convertirían su esqueleto en hueso de pulida brillantez y sus carnes en abono fecundizante, lloraban los chicos, gritando desde la puerta un adiós interminable al pobre *Morrut*, que se alejaba con las patas rígidas y la cabeza balanceante, mientras la madre, como si tuviese un horrible presentimiento, se arrojaba con los brazos abiertos sobre el enfermito.

Veía a su hijo cuando entraba en la cuadra para tirar de la cola al *Morrut*, el cual sufría con pasividad cariñosa todos los juegos de los chicos. Veía al pequeñín cuando lo colocaba su padre sobre la dura espina del animal, golpeando con sus piecitos los lustrosos flancos¹¹⁹, gritando «¡arre! ¡arre!» con infantil balbuceo. Y con la muerte de la pobre bestia creía que quedaba abierta una brecha por donde se irían otros. ¡Señor, que la engañasen sus presentimientos de madre dolorosa; que fuera sólo el sufrido animal el que se iba; que no se llevara sobre sus lomos al pobre chiquitín camino del cielo, como en otros tiempos le llevaba por las sendas de la huerta agarrado a sus crines, a paso lento, para no derribarlo!

Y el pobre Batiste, con el pensamiento ocupado por tantas desgracias, barajando en su imaginación al niño enfermo, al caballo muerto, al hijo descalabrado y a la hija con su concentrado pesar, llegó a los arrabales de la ciudad y pasó el puente de Serranos¹²⁰.

Al extremo del puente, en la explanada entre los dos jardines, frente a las ochavadas torres que asomaban por encima de la arboleda las arcadas ojivales, las avanzadas barbacanas y la noble corona de almenas, se detuvo Batiste, pasándose

¹¹⁹ Superposición temporal que constituye un recurso de gran modernidad.

¹²⁰ Puente situado junto a las torres de Serranos, que son una de las mejores muestras de la arquitectura gótica militar de Europa. Fueron construidas entre 1392 y 1398 por Pere Balaguer, quien se inspiró en la Puerta Real del monasterio de Poblet. En 1586 fueron habilitadas como prisión. Dejaron de ser usadas con este fin en 1888. Este monumento fue restaurado por la ciudad en 1915.

las manos por la cara. Tenía que visitar a los amos, los hijos de don Salvador, y pedirles a préstamo un piquillo para completar la cantidad que había de costarle un rocín que sustituyese al pobre *Morrut*. Y como el aseo es el lujo del pobre, se sentó en un banco de piedra, esperando que le llegara el turno para limpiarse de las barbas de dos semanas, punzantes y tiesas como púas, que ennegrecían su cara.

A la sombra de los altos plátanos funcionaban las peluquerías de la gente huertana, los barberos de *cara al sol*. Un par de sillones con asiento de esparto y brazos pulidos por el uso, un anafe en el que hervía el puchero del agua, los paños de dudoso color y unas navajas melladas que arañaban el duro cutis de los parroquianos con rascones que daban escalofríos, constituían toda la fortuna de aquellos establecimientos al aire libre.

Muchachos cerriles que aspiraban a ser mancebos en las barberías de la ciudad hacían allí sus primeras armas; y mientras se amaestaban infiriendo cortes o poblando las cabezas de trasquilones y peladuras, el amo daba conversación a los parroquianos sobre el banco del paseo, o leía en alta voz el periódico al corro¹²¹, que, con la quijada en ambas manos, escuchaba impasible.

A los que se sentaban en el sillón de los tormentos pasábanles un pedazo de jabón de piedra por las mejillas, y frota que te frota, hasta que levantaba espuma. Después venía el navajeo cruel, los cortes que aguantaba firmemente el parroquiano con la cara manchada de sangre. Un poco más allá sonaban las enormes tijeras en continuo movimiento, pasando y repasando sobre la redonda testa de algún mocetón presumido, que quedaba esquilado como perro de aguas; el colmo de la elegancia: larga greña sobre la frente y la media cabeza de atrás cuidadosamente rapada.

Batiste fue afeitado con bastante suerte, mientras oía, hundido en el sillón de esparto y los ojos entornados, la lectura del «maestro», con voz nasal y monótona, y sus comentarios

¹²¹ Esta costumbre lectora era habitual en las fábricas de tabaco en Cuba; para amenizar el trabajo y hacerlo más productivo un lector se encargaba de leer novelas en alta voz para los trabajadores.

y glosas de hombre experto en la cosa pública. No sacó más que tres raspaduras y un corte en la oreja. Otras veces había sido más; dio su medio real, y se metió en la ciudad por la puerta de Serranos.

Dos horas después volvió a salir, y se sentó en el banco de piedra, entre el grupo de los parroquianos, para oír al maestro mientras llegaba la hora del mercado.

Los amos acababan de prestarle el piquillo que le faltaba para la compra del caballo. Ahora lo importante era tener buen ojo para escoger; serenidad para no dejarse engañar por la astuta gitanería que pasaba ante él con sus bestias y descendía por la rampa al cauce del río.

Las once. El mercado debía estar en su mayor animación. Llegaba hasta Batiste el confuso rumor de un hervidero invisible; subían los relinchos y las voces desde el fondo del cauce. Dudaba, permanecía quieto, como hombre que desea retrasar el momento de una resolución importante, y al fin se decidió a bajar al mercado.

El cauce del río estaba, como siempre, casi seco. Algunas vetas de agua, escapadas de los azudes y presas que refrescan la vega, serpenteaban formando curvas e islas en un suelo polvoriento, ardoroso y desigual, que más parecía de desierto africano que lecho de un río.

A tales horas estaba todo él blanco de sol, sin la menor mancha de sombra.

Los carros de los labriegos con sus toldos blancos formaban un campamento en el centro del cauce, y a lo largo del pretil, puestas en fila, estaban las bestias a la venta: las mulas negras y coceadoras con sus rojos caparazones y sus ancas brillantes agitadas por nerviosa inquietud; los caballos de labor, fuertes pero tristes, cual siervos condenados a eterna fatiga, mirando con ojos vidriosos a todos los que pasaban, como si adivinasen al nuevo tirano, y las pequeñas y vivarachas jacas, hiriendo el polvo con sus cascos, tirando del ronزال que las mantenía atadas al muro.

Junto a la rampa de bajada estaban los animales de desecho: asnos sin orejas, de pelo sucio y asquerosas pústulas; caballos tristes cuyo pellejo parecía agujerarse con las agudeces de la descarnada osamenta; mulas ciegas con cuello de ci-

güeña; toda la miseria del mercado, los náufragos del trabajo, que, con el cuero molido a palos, el estómago contraído y las excoriaciones roídas por las moscas verdosas e hinchadas, esperaban la llegada del contratista de las corridas de toros o del mendigo que aún sabría utilizarlos.

Junto a las corrientes de agua, en el centro del cauce, en las riberas que la humedad había cubierto de una débil capa de césped, trotaban las manadas de potros sin domar, al aire la larga crin, arrastrando la cola por el suelo. Más allá de los puentes, al través de los redondos ojos de piedra, veíanse los rebaños de toros, con las patas encogidas, rumiando tranquilamente la hierba que les arrojaban los pastores, o andando perezosamente por el suelo abrasado, sintiendo la nostalgia de las frescas dehesas y plantándose fieramente cada vez que los chicuelos les silbaban desde los pretilos.

La animación del mercado iba en aumento. En torno de cada caballería cuya venta se ajustaba aglomerábanse grupos de gesticulantes y parlanchines labriegos en mangas de camisa, con la vara de fresno en la diestra. Los gitanos, secos, bronceados, de zancas largas y arqueadas, zamarra adornada con remiendos y gorra de pelo, bajo la cual brillaban sus ojos negros con resplandor de fiebre, hablaban sin cesar, echando su aliento a la cara del comprador como si quisieran hipnotizarle.

—Pero fíjese usted bien en la jaca. Repare usted en las líneas... ¡si parece una señorita!¹²²

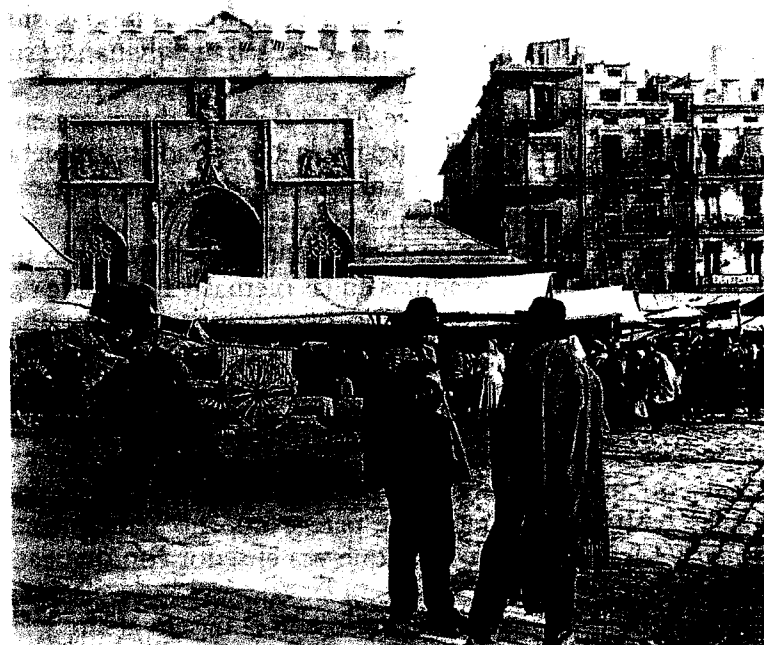
Y el labriego, insensible a las melodías gitanas, encerrado en sí mismo, pensativo e incierto, miraba al suelo, miraba la bestia, se rascaba el cogote, y acababa diciendo con energía de testarudo:

—Bueno... pues no done más¹²³.

Para concertar los chambos y solemnizar las ventas buscábase el amparo de un sombrajo, bajo el cual una mujerona vendía bollos adornados por las moscas o llenaba pegajosas copas con el contenido de media docena de botellas alineadas sobre una mesa de cinc.

¹²² Esta personificación, así como otras que aparecerán después, realzan las cualidades de la distinción para poder subir el precio.

¹²³ Bueno, pues no doy más.



Mercado de Valencia.

Batiste pasó y repasó varias veces por entre las bestias, sin hacer caso de los vendedores que le acosaban adivinando su intención.

Nada le gustaba. ¡Ay, pobre *Morrut!* ¡Cuán difícil era encontrarle sucesor! De no obligarlo la necesidad, se hubiera ido sin comprar; creía ofender al difunto fijando su atención en aquellas bestias antipáticas.

Por fin se detuvo ante un rocín blanco, no muy gordo ni lustroso, con algunas rozaduras en las piernas y cierto aire de cansancio; una bestia de trabajo que aunque se mostraba abrumada parecía fuerte y animosa.

Apenas le pasó una mano por las ancas, apareció junto a él el gitano, obsequioso, campechanote, tratándole como si le conociera de toda la vida.

—Es un animal de perlas; bien se ve que usted conoce las buenas bestias... Y barato: me parece que no reñiremos... ¡*Monote!* Sácalo de paseo para que vea el señor con qué garbo bracea.

Y el aludido *Monote*, un gitanillo con el trasero al aire y la cara con costras, cogió el caballo del ronzal y salió corriendo por los altibajos de arena seguido del pobre animal, que trotaba displicente, como aburrido de una operación tantas veces repetida.

Corrió la gente curiosa agrupándose en torno de Batiste y del gitano, que seguían con la mirada la marcha del animal. Cuando volvió *Monote* con el caballo, Batiste lo examinó detenidamente; metió sus dedos entre la amarillenta dentadura, pasó sus manos por todo el animal, levantó sus cascos para inspeccionarlos y le registró cuidadosamente entre las piernas.

—Mire usted, mire usted —decía el gitano—, que para eso está... Más limpio que la patena. Aquí no se engaña a nadie; todo natural. No se arreglan los animales como hacen otros, que desfiguran un burro en un santiamén. Lo compré la semana pasada y ni me he cuidado de arreglarle esas cosillas que tiene en las piernas. Ya ha visto usted con qué salero bracea. ¿Y tirar de carro? Ni un elefante tiene su empuje. Ahí en el cuello verá usted las señales.

Batiste no parecía descontento del examen, pero hacía es-

fuerzos por mostrarse disgustado, y todo eran mohínes y carraspeos. Sus infortunios como carretero le habían hecho conocer las bestias, y se reía interiormente de algunos curiosos que, influidos por el mal aspecto del caballo, cuestionaban con el gitano, diciendo que sólo era bueno para enviarlo a la «caldera». Su aspecto triste y cansado era el de los animales de trabajo que obedecen resignados mientras pueden sostenerse.

Llegó el momento decisivo. Se quedaría con él. ¿Cuánto?

—Por ser para usted, que es un amigo —dijo el gitano acariciándole en la espalda—, por ser para usted, persona simpática que sabrá tratar bien a esta prenda... lo dejaremos en cuarenta duros y trato hecho.

Batiste aguantó el disparo con calma, como hombre acostumbreado a tales discusiones, y sonrió socarronamente.

—Bueno: *pos* por ser tú, rebajaré poco. ¿Quieres *ventisincó*?¹²⁴

El gitano extendió sus brazos con teatral indignación, retrocedió algunos pasos, se arañó la gorra de pelo e hizo toda clase de grotescos extremos para expresar su asombro.

—¡Madre de Dios! ¡Veinticinco duros! ¿Pero se ha fijao usted en el animal? Ni robao se lo podría dar a tal precio.

Pero Batiste a todos sus extremos contestaba siempre lo mismo:

—*Ventisincó*... ni un *chavo*¹²⁵ más.

Y el gitano, apuradas todas sus razones, que no eran pocas, apeló al supremo argumento.

—*Monote*... saca el animal... que el señor se fije bien.

Y allá fue *Monote* otra vez, trotando y tirando del ronzal delante del caballo, cada vez más aburrido de los paseos.

—Qué meneo, ¿eh? —decía el gitano—. Si parece una marquesa en el paseo. ¿Y eso vale para usted veinticinco duros?

¹²⁴ Vulgarismos: *pos*, por *pues*, y *ventisincó*, por *veinticinco*. En esta palabra hay un doble vulgarismo: pérdida de la «i» del diptongo inicial y seseo con la «s» áptico-alveolar. Este seseo propio de valencianos, catalanes y vascos de poca cultura es incorrecto, no así el seseo con la «s» predorsal, propio de andaluces e hispanoamericanos.

¹²⁵ Perra gorda, equivalente a diez céntimos.

—Ni un *chavo* más —repetía el testarudo.

—*Monote*... vuelve. Ya hay bastante.

Y fingiéndose indignado, el gitano volvía la espalda al comprador como dando por fracasado todo arreglo; pero al ver que Batiste se iba de veras, desapareció su seriedad.

—Vamos, señor... ¿Cuál es su gracia?¹²⁶... ¡Ah! Pues mire usted, señor Bautista, para que vea que le quiero y deseo que esa joya sea suya, voy a hacerle lo que no haría por nadie. ¿Conviene en treinta y cinco duros? Vamos, que sí. Le juro por su salud que no haría esto ni por mi parte¹²⁷.

Esta vez aún fue más viva y gesticulante su protesta al ver que el labrador no se conmovía con la rebaja, y que a duras penas le ofreció dos duros más. ¿Pero tan poco cariño le inspiraba aquella perla fina? ¿Pero es que no tenía ojos para apreciarla? A ver, *Monote*: a sacarla otra vez.

Pero *Monote* no tuvo que echar de nuevo los bofes, pues Batiste se alejó fingiendo haber desistido de la compra.

Vagó por el mercado mirando de lejos otros animales, pero viendo siempre con el rabillo del ojo al gitano, el cual, fingiendo igualmente indiferencia, le seguía, le espiaba.

Se acercó a un caballote fuerte y de pelo brillante que no pensaba comprar, adivinando su alto precio. Apenas le pasó la mano por las ancas, sintió junto a sus orejas un aliento ardoroso que murmuraba:

—Treinta y tres... Por la salud de sus pequeños, no diga que no; ya ve que me pongo en razón.

—*Veintiocho* —dijo Batiste sin volverse.

Cuando se cansó de admirar aquella hermosa bestia siguió adelante, y por hacer algo presencié cómo una vieja labradora regateaba un borriquillo.

El gitano había vuelto a colocarse junto a su caballo y le miraba de lejos, agitando la cuerda del roncal como si le llamase. Batiste se aproximó lentamente, fingiéndose distraído, mirando los puentes, por donde pasaban como cúpulas mo-

¹²⁶ ¿Cuál es su nombre? Fórmula popular.

¹²⁷ La pérdida de la «d» intervocálica en «padre» más que la pérdida de la «d» final en «salú» reproducen fielmente el habla del gitano, que el novelista no ha querido reproducir en otros momentos.

vibles de colores las abiertas sombrillas de las mujeres de la ciudad.

Era ya mediodía. Abrasaba la arena del cauce; el espacio encajonado entre los pretiles no se conmovía con la más leve ráfaga de viento. En aquel ambiente cálido y pegajoso, el sol, cayendo de plano, pinchaba la piel y abrasaba los labios.

El gitano avanzó algunos pasos hacia Batiste ofreciéndole el extremo de la cuerda, como una toma de posesión.

—Ni lo de usted ni lo mío. Treinta, y bien sabe Dios que nada gano. Treinta... no me diga que no, porque me muero de rabia. Vamos... choque usted.

Batiste agarró la cuerda y tendió una mano al vendedor, que se la apretó expresivamente. Trato cerrado.

El labrador fue sacando de su faja toda aquella indigestión de ahorros que le hinchaba el vientre: un billete que le había prestado el amo, unas cuantas piezas de a duro, un puñado de plata menuda envuelta en un cucurucho de papel; y cuando la cuenta estuvo completa no pudo librarse de ir con el gitano al sombrero para convidarle a una copa y dar unos cuantos céntimos a *Monote* por sus trotes.

—Se lleva usted la joya del mercado. Hoy es buen día para usted, *señó* Bautista: se ha santiguao con la mano derecha, y la Virgen ha salío a verle¹²⁸.

Aún tuvo que beber una segunda copa, obsequio del gitano, y por fin, cortando en seco su raudal de ofrecimientos y zalamerías, cogió el roncal de su nuevo caballo, y ayudado por el servicial *Monote*, montó en el desnudo lomo, saliendo al trote del ruidoso mercado.

Iba satisfecho del animal: no había perdido el día. Apenas si se acordaba del pobre *Morrut*, y sentía el orgullo del propietario cuando en el puente y en el camino volvía alguno de la huerta a examinar el blanco caballejo.

Su mayor satisfacción fue al pasar frente a casa de *Copa*. Hizo emprender al rocín un trotecillo presuntuoso, como si fuese un caballo de casta, y vio cómo después de pasar él se asomaban a la puerta *Pimentó* y todos los vagos de la huerta

¹²⁸ Sigue reproduciendo el habla andaluza, no sólo en la parte fonética sino en la inclusión de la hipérbole de la Virgen.

con ojos de asombro. ¡Miserables! Ya estarían bien convencidos de que era difícil hincarle el diente, de que él solo sabía defenderse. Ya lo veían: caballo nuevo. ¡Ojalá lo que ocurría dentro de la barraca pudiera arreglarse tan fácilmente!

Sus trigos altos y verdes formaban como un lago de inquietas ondas al borde del camino; la alfalfa mostrábase lozana, con un perfume que dilatava las narices del caballo. No podía quejarse de sus tierras; pero dentro de la barraca era donde temía encontrar la desgracia, la eterna compañera de su existencia, esperándole para clavarle las uñas.

Al oír el trote del caballo salió Batistet con la cabeza atrapada y corrió a apoderarse del ronzal mientras su padre desmontaba. El muchacho entusiasmóse con la nueva bestia. La acarició, metióle sus manos entre los morros, y con el ansia de tomar posesión de sus lomos puso un pie sobre el corvejón, se agarró a la cola y montó por la grupa como un moro.

Batiste entró en la barraca, blanca y pulcra como siempre, con los azulejos luminosos y todos los muebles en su sitio, pero que parecía envuelta en la tristeza de una sepultura limpia y brillante¹²⁹.

Su mujer salió a la puerta del cuarto con los ojos hinchados y enrojecidos y el pelo en desorden, revelando en su aspecto cansado las largas noches pasadas en vela.

Acababa de marcharse el médico; lo de siempre: pocas esperanzas. Ponía mal gesto, hablaba con medias palabras, y después de examinar un rato al pequeño, acabó por salir sin recetar nada nuevo. Únicamente al montar en su jaca había dicho que volvería por la noche. Y el niño siempre igual, con una fiebre que devoraba su cuerpecillo cada vez más extenuado.

Era lo de todos los días. Se habían acostumbrado ya a aquella desgracia: la madre lloraba automáticamente, y los demás, con una expresión triste, se dedicaban a sus habituales ocupaciones.

Después, Teresa, mujer hacendosa, preguntó a su marido por el resultado del viaje, quiso ver el caballo, y hasta la tris-

¹²⁹ Comparación eficaz por el contraste entre el orden y el desorden de la desgracia.

te Roseta olvidó sus pesares amorosos para enterarse de la adquisición.

Todos, grandes y pequeños, fuéronse al corral para ver en el establo el caballo, que acababa de instalar allí el entusiasmado Batistet. El niño quedó abandonado en el camión del *estudi*, donde se revolvió con los ojos empañados por la enfermedad, balando débilmente: «*¡Mare! ¡mare!*» *

Teresa examinaba con grave expresión la compra de su marido, calculando detenidamente si aquello valía treinta duros; la hija buscaba las diferencias entre la nueva bestia y el *Morrut*, de feliz memoria, y los dos pequeños, con repentina confianza, tirábanle de la cola y le acariciaban el vientre, rogando en vano al hermano mayor que los subiera sobre los blancos lomos.

Decididamente, gustaba a todos aquel nuevo individuo de la familia, que hociqueaba el pesebre con extrañeza, como si encontrase en él algún rastro, algún lejano olor del compañero muerto.

Comió toda la familia, y era tal la fiebre de la novedad, el entusiasmo por la adquisición, que varias veces Batistet y los pequeños escaparon de la mesa para ir a echar una mirada al establo, como si temieran que al caballo le hubieran salido alas y no estuviera allí.

La tarde se pasó sin novedad. Batiste tenía que labrar una parte del terreno que aún conservaba inculto, preparando la cosecha de hortalizas, y él y su hijo engancharon el caballo, enorgulleciéndose al ver la mansedumbre con que obedecía y la fuerza con que tiraba del arado.

Al anoecer, cuando ya iban a retirarse, les llamó a grandes gritos Teresa desde la puerta de la barraca. Era como si pidiese socorro.

—*¡Batiste! ¡Batiste!... Vine pronto*¹³⁰.

Y Batiste corrió a través del campo, asustado por el tono de voz de su mujer y por las contorsiones de ésta, que se mecía los cabellos gimiendo.

El chico se moría: había que verlo para convencerse. Batiste, al entrar en el *estudi* e inclinarse sobre la cama, sintió un

¹³⁰ *¡Batiste! ¡Batiste!... Ven pronto.*

estremecimiento de frío, algo así como si acabasen de soltarle un chorro de agua por la espalda. El pobre *Obispo* apenas si se movía: únicamente su pecho agitábase con penoso estertor; sus labios tomaban un tinte violado; los ojos casi cerrados dejaban entrever el globo empañado e inmóvil, unos ojos que ya no miraban, y su morena carita parecía ennegrecida por misteriosa lobreguez, como si sobre ella proyectasen su sombra las alas de la muerte. Lo único que brillaba en aquella cabeza eran los pelitos rubios, tendidos sobre la almohada como ensortijada madeja, en la que se quebraba con extraña luz el resplandor del candil.

La madre lanzaba gemidos desesperados, aullidos de fiera enfurecida. Su hija, llorando silenciosamente, tenía necesidad de contenerla, de sujetarla, para que no se arrojara sobre el pequeño o se estrellara la cabeza contra la pared. Fuera lloriqueaban los pequeños sin atreverse a entrar, como si les causaran terror los lamentos de su madre, y junto a la cama estaba Batiste absorto, apretando los puños, mordiéndose los labios, con la vista fija en aquel cuerpecito, al que tantas angustias y estremecimientos costaba soltar la vida. La calma de aquel gigantón, sus ojos secos agitados por nervioso parpadeo, la cabeza inclinada sobre su hijo, tenía una expresión más dolorosa aún que los lamentos de la madre.

De pronto se fijó en que Batistet estaba a su lado; le había seguido alarmado por los gritos de su madre. Batiste se enfadó al saber que dejaba abandonado el caballo en medio del campo, y el muchacho, enjugándose las lágrimas, salió corriendo para traer la bestia al establo.

Al poco rato nuevos gritos sacaron a Batiste de su estupor doloroso.

—¡Pare!... ¡pare!

Era Batistet llamándole desde la puerta de la barraca. El padre, presintiendo una nueva desgracia, corrió tras él, sin comprender sus atropelladas palabras. El caballo... el pobre *Blanco*... estaba en el suelo... sangre...¹³¹.

¹³¹ El estilo telegráfico del desconcierto recuerda el pasaje en el que Pepeta le cuenta a Pimentó la invasión de los forasteros en el capítulo I.

Y a los pocos pasos lo vio acostado sobre las patas, enganchado aún al arado, pero intentando en vano levantarse, extendiendo su cuello, relinchando dolorosamente, mientras de su costado, junto a una pata delantera, manaba lentamente un líquido negruzco, del que se empapaban los surcos recién abiertos.

Le habían herido; tal vez iba a morir. ¡Recristo! Un animal que le era tan necesario como la propia vida y que le costaba empeñarse con el amo...

Miró en torno como buscando al autor. Nadie. En la vega, que azuleaba con el crepúsculo, no se oía más que el ruido lejano de carros, el rumor de los cañares y los gritos con que se llamaban de una a otra barraca. En los caminos inmediatos, en las sendas, ni una persona.

Batistet intentaba sincerarse ante su padre de aquel descuido. Cuando corría hacia la barraca había visto venir por el camino un grupo de hombres, gente alegre que reía y cantaba, regresando sin duda de la taberna¹³². Tal vez eran ellos.

El padre no quiso oír más... *Pimentó*, ¿quién otro podía ser? El odio de la huerta le asesinaba un hijo, y ahora aquel ladrón le mataba la caballería, adivinando lo necesaria que le era. ¡Cristo! ¿No había ya bastante para que un cristiano se perdiera?

Y no razonó más. Sin saber lo que hacía regresó a la barraca, cogió su escopeta de detrás de la puerta, y salió corriendo, mientras instintivamente abría la recámara de su arma para ver si los dos cañones estaban cargados.

Batistet se quedó junto al caballo, intentando restañarle la sangre con su pañuelo de la cabeza. Sintió miedo viendo a su padre correr por el camino con la escopeta preparada, ansioso por desahogar su furor matando.

Era terrible el aspecto de aquel hombretón tranquilo y cachazudo, en el cual despertaba la fiera, cansada de que la hostigasen un día y otro día. En sus ojos inyectados de sangre

¹³² Estos sonidos de la alegría amenazante se suman a los ruidos anteriormente presentados para constituir el mapa sonoro de la huerta, más importante en la caracterización del ambiente que el enrevesado plano visual de sendas que se entrecruzan.

brillaba la fiebre del asesinato; todo su cuerpo estremecía-se de cólera, con esa terrible cólera del pacífico que cuando rebasa el límite de la mansedumbre es para caer en la ferocidad.

Como un jabalí furioso se entró por los campos, pisoteando las plantas, saltando las regadoras, tronchado cañares; si abandonó el camino fue por llegar antes a la barraca de *Pimentó*.

Alguien estaba en la puerta. La ceguera de la cólera y la penumbra del crepúsculo no le permitieron distinguir si era hombre o mujer, pero vio cómo de un salto se metía dentro y cerraba de golpe la puerta, asustado por aquella aparición, próxima a echarse la escopeta a la cara.

Batiste se detuvo ante la cerrada barraca.

—*¡Pimentó!... ¡Lladre! ¡asómat!*

Y su voz le causaba extrañeza, como si fuera de otro. Era una voz trémula y aflautada, aguda por la sofocación de la cólera.

Nadie contestó. La puerta seguía cerrada: cerradas las ventanas y las tres aspilleras del remate de la fachada que daban luz al piso alto, a la *cambra*, donde se guardaban las cosechas.

El bandido le estaría mirando por algún agujero, tal vez preparaba su escopeta para dispararle a traición desde uno de los altos ventanillos, e instintivamente, con esa previsión moruna atenta siempre a suponer en el enemigo toda clase de malas artes, guardó su cuerpo tras el tronco de una higuera gigantesca que sombreaba la barraca de *Pimentó*.

El nombre de éste sonaba sin cesar en el silencio del crepúsculo, acompañado de toda clase de insultos.

—*¡Baixa, cobarde! ¡Asómat, morral!*¹³³

Y la barraca silenciosa y cerrada, como si la hubiesen abandonado.

Creyó Batiste oír gritos ahogados de mujer, un rumor de lucha, algo que le hizo suponer un pugilato entre la pobre Pepeta deteniendo a *Pimentó*, que quería salir a contestar los insultos; pero después no oyó nada, y sus improperios siguieron sonando en un silencio desesperado.

¹³³ *¡Baja, cobarde! ¡Asómate, sinvergüenza!*

Esto le enfurecía más aún que si el enemigo se hubiera presentado. Se sentía enloquecer. Parecía que la muda barraca se burlaba de él, y abandonando su escondrijo se arrojó contra la puerta, golpeándola a culatazos.

Las maderas estremecíanse con aquel martilleo de gigante loco. Quería saciar su rabia en la vivienda, ya que no podía hacer añicos al dueño, y tan pronto aporreaba la puerta como daba de culatazos a las paredes, arrancando enormes yesones. Hasta se echó varias veces la escopeta a la cara, queriendo disparar los dos tiros contra las ventanillas de la *cambra*¹³⁴, deteniéndole únicamente el miedo a quedar desarmado.

Su cólera iba en aumento: rugía los insultos; los ojos inyectados apenas si veían; se tambaleaba como si estuviera ebrio. Iba a caer al suelo apoplético, agonizante de cólera, asfixiado por la rabia; pero se salvó, pues de repente, las nubes rojas que la envolvían se rasgaron, al furor sucedió la debilidad, vio toda su desgracia, se sintió anonadado; su cólera, quebrantada por tan horrible tensión, se desvaneció, y Batiste, en medio del rosario de insultos, sintió que su voz se ahogaba, hasta convertirse en un gemido, y por fin rompió a llorar.

Ya no insultó más a *Pimentó*. Fue poco a poco retrocediendo hasta llegar al camino y se sentó en un ribazo con la escopeta a los pies. Allí lloró y lloró, sintiendo con esto un gran bien, acariciado por las sombras de la noche, que parecían tomar parte en su pena, pues cada vez se hacían más densas, ocultando su llanto de niño.

¡Cuán desgraciado era! Solo contra todos. Al pequeñín lo encontraría muerto al volver a la barraca; el caballo, que era su vida, inutilizado por aquellos traidores; el mal llegando a él de todas partes, surgiendo de los caminos, de las casas, de los cañares, aprovechando todas las ocasiones para herir a los suyos; y él inerme, sin poder defenderse de aquel enemigo que se desvanecía apenas él intentaba revolverse cansado de sufrir.

¹³⁴ Véase la nota 1.

*este párrafo sintetiza la tragedia que
sufría Batiste, su impotencia ante*

¡Señor! ¿qué había hecho él para padecer tanto? ¿no era un hombre honrado?

Sentíase cada vez más anonadado por el dolor. Allí se quedaba clavado en el ribazo: podían venir sus enemigos; no tenía fuerzas para coger la escopeta que estaba a sus pies.

Oíase en el camino un lento campanilleo que poblaba la oscuridad de misteriosas vibraciones. Batiste pensó en su pequeño, en el pobre *Obispo*, que ya habría muerto. Tal vez aquel sonido tan dulce era de los ángeles que bajaban para evárselo, y revoloteaban por la huerta no encontrando su obre barraca. ¡Si no quedasen los otros... los que necesitan sus brazos para vivir!... El pobre hombre ansiaba el anonadamiento; pensaba en la felicidad de dejar allí abajo, en el ribazo, aquel corpachón cuyo sostenimiento tanto le costaba, y agarrado a la almita de su hijo, de aquel inocente, volar, volar como los bienaventurados que él había visto guiados por ángeles en los cuadros de las iglesias.

El campanilleo sonaba junto a él y pasaban por el camino otros informes que su vista turbia por las lágrimas no acababa a definir. Sintió que le tocaban con la punta de un palo, levantando la cabeza vio una escueta figura, una especie de espectro que se inclinaba hacia él.

Reconoció al *tío Tomba*: el único de la huerta a quien no le había pasado nada.

El pastor, tenido por un brujo, poseía la adivinación asombrada de los ciegos. Apenas reconoció a Batiste pareció comprender toda su desgracia. Tentó con el palo la escopeta que estaba a sus pies, y volvió la cabeza como buscando en la oscuridad la barraca de *Pimentó*.

Hablaba con lentitud, con una tristeza tranquila, como un hombre acostumbrado a las miserias de un mundo del que pronto había de salir. Adivinaba el llanto de Batiste.

—*iFill meu!... i fill meu!...*

Todo lo que ocurría lo esperaba él. Ya se lo había advertido el primer día que le vio instalado en las tierras malditas. Y traerían desgracia...

Acababa de pasar frente a su barraca y había visto luces por la puerta abierta... había oído gritos de desesperación; el perro aullaba... Había muerto el pequeño, ¿verdad? Y él allí,

creyendo estar sentado en un ribazo, cuando en realidad donde estaba era con un pie en presidio. Así se pierden los hombres y se disuelven las familias. Acabaría matando tontamente como el pobre *Barret*, y muriendo como él, en presidio. Era inevitable: aquellas tierras estaban malditas por los pobres y no podían dar más que frutos de maldición.

Y mascullando sus terribles profecías, el pastor se alejaba tras de sus ovejas camino del pueblo, aconsejando al pobre Batiste que se marchara también, pero lejos, muy lejos, donde no tuviera que ganar el pan luchando contra el odio de la miseria.

E invisible ya, hundido en las sombras, Batiste escuchaba todavía su voz lenta y triste que le causaba escalofríos.

—*iCreume, fill meu... te portarán desgrasia!*